

medio se cambia, pues, siempre en su contraria. En el origen, el gran río separaba los hombres; las faunas difieren parcialmente sobre las dos orillas del Amazonas; así, en una época histórica reciente, ciertas tribus, inhábiles para vencer la corriente, no pasaban jamás de una orilla á la otra: el enorme foso lleno de agua en movimiento formaba un límite lo mismo para los hombres que para los animales. Y sin embargo, ese obstáculo, infranqueable para los ribereños primitivos, se ha convertido en el gran vehículo de los civilizados, el medio de transporte para las cosas, los hombres y las ideas. Seguidamente el batelero de los ríos se hace el viajero por tierra, el comerciante, el hombre múltiple y diverso que se encuentra bien en todos los pueblos; tal es el Diola del Sur, que se encuentra en todas partes, hasta más allá del Níger, y que hizo su primer aprendizaje en las marismas del litoral.

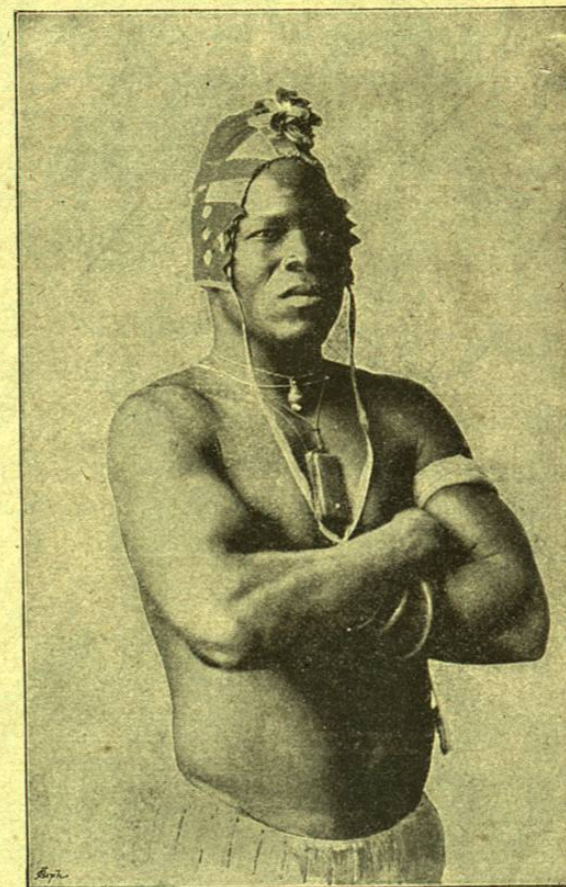
Los mismos fenómenos históricos se observan respecto de las relaciones de los pueblos con el mar. ¡Cuántas tribus, venidas de la estepa, de la montaña, de los bosques ó de los ríos, han tenido que detenerse sobre la playa ó sobre el acantilado extremo, sobre el «Fin de las tierras»—Finisterre ó Landsend,—espantadas por la extensión de las aguas, sin límites visibles, por el monstruoso estruendo del choque de las olas! El mar, que había de llevar un día de mundo en mundo los orgullosos buques, fué para los hombres de las tierras un límite infranqueable, dominados por el terror.

Por lo demás, ciertas partes del litoral marino habían de ser para sus habitantes verdaderas prisiones, no menos cerradas que los hoyos de las montañas ó los claros perdidos en los bosques profundos. Además de las islas y los archipiélagos de la costa, la zona litoral comprende espacios claramente separados de la tierra firme, dunas, pantanos ó rocas que permanecen casi inabordables del lado de las extensiones continentales. Los residentes, privados así de toda relación fácil con el país de más allá, quedan forzosamente recluidos en su estrecho territorio. Son como plantas á las que falta el suelo nutritivo: tales fueron largo tiempo los *maraiçhins* de la Vendée.

Las poblaciones estrictamente marítimas, que quedaron casi completamente separadas de las continentales, lograron, sin embargo, en varias comarcas obtener espacios y recursos suficientes para vivir en socieda-

des independientes, sabiendo acomodarse bien á su medio para sacar de él su subsistencia y su cultura; pero allí donde los ribereños del Océano guardan sus libres comunicaciones con el interior del continente, sea por llanuras desecadas fáciles de atravesar, sea por cursos de agua de régimen normal, pueden gozar al mismo tiempo de las ventajas del continente y apropiarse gradualmente las que ofrece el mar.

En ciertos parajes, la ola se presta benévola-mente á las tentativas de los hombres. Allá donde el río se continúa en estuario y el estuario en golfo, la navegación sigue naturalmente la misma dirección en la vecindad de las costas, unas veces espontáneamente por la voluntad de los remeros que persiguen su caza, sea involuntariamente por el capricho de los vientos ó de las corrientes. La transición se hace así, del río al mar: el aprendizaje del agua salada comienza en las aguas dulces. Bahías protegidas contra el viento ó pasos garantidos contra



DIOLA DE LAS RIBERAS DEL SUD

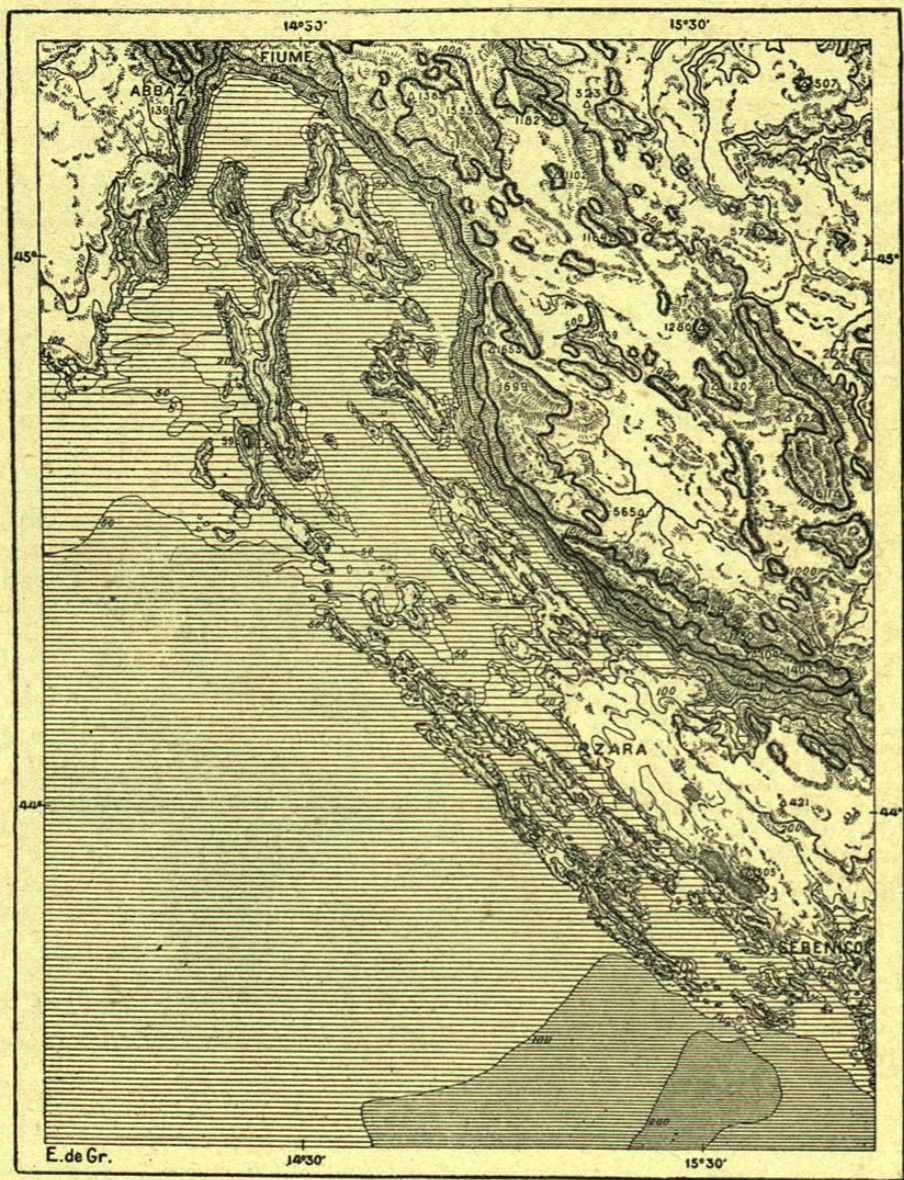
Según una fotografía

la marejada por islas ó cadenas de escollos, especialmente á lo largo de las costas dálmatas, aseguran á los ribereños facilidades de navegación análogas á las que se tienen en los ríos, y esquifes del mismo género hubieron de construirse en sus orillas.

La navegación fluvial se cambia así poco á poco en costera, y ésta en marítima. Con frecuencia el batelero es impulsado hacia alta mar;

otras veces la busca él mismo, para evitar ser arrojado sobre la playa ó

N.º 15. Fondeaderos de la costa dálmata



Curvas de nivel de 100, 200; 500 y 1000 metros

1: 3 000 000

0 25 50 100 150 kil

contra el acantilado. Así aprende que el mar, con sus abismos no son-
deados, es menos peligroso que la costa con sus bajo-fondos, sus rocas, sus

bancos de arena, y adquiere confianza bogando sobre las olas inmensas¹.

Los mares tienen, además, una fuerza de atracción muy particular, procedente de la alternativa del flujo y del reflujo, invitando dos veces por día á los habitantes del litoral á andar sobre el lecho momentáneamente abandonado por la marea: da gusto avanzar persiguiendo las olas y huir delante de ellas cuando se lanzan de nuevo al ataque de la orilla.

Se habitúa al conocimiento del mar, á adivinar los abismos que encubre, á estudiar su acción sobre las plantas y los animales. Para las gentes de costa, el alimento habitual consiste casi exclusivamente en pescados y otros «frutos de mar» que se encuentran principalmente entre los charcos, entre las piedras de los arrecifes, ó en medio de los fondos de arena ó del fango.

Pero la difícil persecución de la caza marina y, en los jóvenes, el espíritu de aventura arrastraría á los ribereños del Océano á traspasar la zona sometida á las mareas. ¿Cómo hubieran podido escapar los niños al entusiasmo del juego y de la lucha contra las olas? Ven las ondas alinearse en largos rizos, hincharse cada vez más á la aproximación de la orilla, avanzando como las columnas de un ejército en batalla; pronto se erizan en agudas crestas, se curvan en crines de espuma y se desploman sucesivamente, añadiendo cada una el ruido de su pesada masa al trueno continuo de las rompientes, al silbido de las chispas que se lanzan oblicuamente á la playa. Este movimiento, este tumulto dan nueva embriaguez al adolescente, ebrio ya de su fuerza: se precipita en el hervor de las aguas; se bate contra la ola que le levanta, le derriba y le arrastra sobre los guijarros, pero, valiéndose de un brusco reflujo, reaparece en la superficie al otro lado de las aguas que caen, y vésele, en fin, jugando como un tritón sobre la rizada onda que se desarrolla á lo largo.

Gracias á esos juegos de fuerza y de destreza, luchando el hombre desde su infancia con el poderoso mar, llega á moverse en él como un anfibio.

Lo que cuentan los viajeros de los Carolinos, de los Polinesios y otros insulares que viven en las aguas tibias de los mares tropicales toca en lo maravilloso. Durante horas, hasta días enteros, los nadadores oceánicos se mantienen sobre las olas como en su elemento natural.

En el siglo XVIII cuando los viajes que nos revelaron las costumbres

¹ Breusig, *Die Geschichte der Nautik bei den Alten*.